

# Alerce

Año 9, N° 78, febrero de 2021. Sociedad de Escritores de Chile. Director: David Hevia.

## María José Bilbao Guajardo, primer lugar en el Concurso Literario Teresa Hamel

Bajo el pseudónimo de Tao, la joven escritora María José Bilbao Guajardo obtuvo el primer lugar en la décima versión del Concurso Nacional de Cuentos Teresa Hamel, correspondiente al año 2020. “*Mientras corto las cabezas* posee la potencia de una historia que emociona por su ritmo, imágenes y trasfondo”, señala el fallo del jurado, integrado por Omar Cid, Yuri Pérez, Pavel Oyarzún y Alberto Moreno. “La protagonista nos presenta su mínimo espacio y desde ahí nos sorprende con su pequeña ventana redonda que se transforma en ‘una mira de escopeta’ o en un filetear que ‘cabalga campos de terciopelo’. Un relato fascinante y conmovedor”, concluye el acta del tradicional certamen organizado por la Sociedad de Escritores de Chile. Junto con destacar el alto nivel de los trabajos presentados, *Alerce* comparte aquí el texto de la obra galardonada.

### *Mientras corto las cabezas*

De siempre había asociado a la gente que vendía pescado con unos modales toscos y prepotentes. De niña pensaba que por tener una mano que se ponía tiesa ya era una persona violenta y grotesca, por eso rechazaba todo lo que me remitiera a la imagen monstruosa que tenía de mí. Verme frente a personas gritando y macheteando cuerpos malolientes era

mirarme en un espejo deformante. Tengo varias anécdotas que tienen que ver con mi prematura reacción de rechazar todo lo que se me asemeje, otras tantas con lo de domesticar mi mano derecha en toda su extensión: la que es zarpa, la que de repente se retrajo y se hizo ganzúa. La-de-tiranosaurio-rex para mí y mi círculo. La-dura o la-espástica en clínicas y clases de gimnasia. No le perdono a mi mano no ser grácil, dócil, fina, y siempre he juzgado de horrible todo lo que ha hecho por mí: desde abrir ventanas y cerrar chaquetas hasta el zigzag horrible de mi perfilación de cejas.

El caso es que ahora trato de no maltratarla ni descalificarla si por su culpa algo se cae o falla o se lastima; intento ser más paciente y compasiva y darle amor. Además, ahora trabajo en una pescadería. Huyendo del ruido y el tránsito de personas es que me ubico en el mesón del fondo a trabajar; en el que es de metal y queda perpendicular a la ventana redonda. Sé que a la primera puede tomarse como antipatía o estupidez pero prefiero estar al margen de todo por propia iniciativa. Además, la ventana redonda es chica como una mira de escopeta. En el grupo de Whatsapp jamás me he pronunciado. Esa ha sido siempre mi forma de participar en las cosas del mundo: identificar toda forma física y disolverme y situarme en lo que me haga sentir segura. Además, trabajo mejor en silencio y sola y nunca he sido cuestionada por alguien. Paso hasta el fondo y ni siquiera saludo: fluyo como un elemento sutil y gaseoso que se humaniza con botas, pechera y turbante; y afilo mi cuchillo, y me embuto una mascarilla, y fileteo para frito o para horno durante cinco horas seguidas. Fileteo muy rápido y con un ritmo constante, y aún mantengo la suavidad en cada movimiento, incluso en los más indignos del día a día. Tomando en cuenta que mi trabajo no solo consiste en filetear, sino de vez en cuando también pesar, recibir plata, dar vuelto y amontonar almejas, he desarrollado como nunca el ritmo y la presión y la fuerza justa gracias al cuchillo. Todo humano poseedor de una mano como la mía debiera practicar hundir el metal en los distintos cuerpos del mundo marino. Es mucho más amable que gastarse las yemas aprendiendo el arpa o pinchar lana con aguja en una arpillera mugrosa. Lo clavabas, te montas y vas abriéndote paso como quien cabalga a través de campos de terciopelo o bosques de algodón. Ninguna suavidad se le compara. Es una suavidad muy húmeda empapada de su propia forma.

Recién la semana pasada, fileteando de pie frente a la mira-de-escopeta, pensaba que la dureza que tomé mi cara desde que trabajo con cuchillo tiene que ver con lo chueco de mis cejas, pero también con el metal y sobre todo su filo, que todos los días me salpica con sangre y reflejos de luz. Me explico: su influencia ha operado en mí no solo en términos de fisioterapia, sino también de forma energética, densificando mi apariencia. Me he vuelto más pesada, más fría; el cuchillo te envuelve en su filo y algo en ti se pone poderoso y magnético. Y si a eso le sumamos el olor y las espinas y los cueros fluorescentes y sangre coagulada que traigo siempre pegada en la cara. ¡Como Godzilla matando gente con un latigazo de su cola al oír su nombre y darse vuelta! Así mismo me veo yo: un monstruo enorme que hiere y ni siquiera se da cuenta.

Ahora que mucho me he reconciliado con la imagen que siempre había tenido de

mí misma, me he atrevido a abrirme con personas que antes rehuía por recordarme lo “peor” de mí. Mi mente se ha abierto a pensar en cosas nuevas, antes el temita de la mano era mi único combustible. En ningún cuerpo tibio y blando yo me reconocía. Incluso fantaseo una hipotética amistad con la mismísima Sirena. Varias veces la he visto entrar con todas sus bolsas amarradas a las muletas, una vez entró y se chupó tres conchas de choro zapato pensando que no la veía nadie. Aunque algunos aspectos de ella me remiten a quién-soy-yo, lo mío luce mucho mejor al lado de lo suyo. Incluso mi brazo va cristalizando en modelos más sinuosos de agarrotamiento: bien mirado, a veces luce como la curvatura del cuello de un flamenco. Físicamente hablando, la Sirena es mi espejo y opuesto más dramático: su tren superior se encuentra perfecto, son sus piernas las que cuelgan enredadas y terminan en un apretado nudo de pies y tumores -de ahí imagino que viene su apodo-. Desde la primera vez que la miré, me picó la curiosidad: ¿qué se sentirá moverse con tan poco poder en el tablero de las tensiones del cuerpo? Espero algún día se dé el contexto adecuado para formularle tamaña pregunta.

Sin exagerar ni un segundo, soy capaz de identificar cada coyuntura, y de afinar la triada hueso-músculo-tendón milimétricamente, como controlando carnosas clavijas ultra sensoriales desde afuera. No quiero ser yo quien decida a cuánta velocidad deben avanzar las cosas en este mundo, pero a veces, en un pequeño lapsus de concentración total, entro en un estado de tiempo sin tiempo que es un no-tiempo y se hace un absoluto silencio en toda la pescadería. En toda la cuadra: nada. Apenas un cangrejo tiritita. Las nubes altas y detenidas. La luz limpia y brillante. A veces sorprende a mi cerebro en puntillas asomado al borde del balcón de mi frente, torciendo desde arriba toda perspectiva, y entonces un mareo breve algo me regurgita. Es mi cuerpo que se vacía de toda espina. La mayoría de esas veces, si miro a través de la ventana mira-de-escopeta, me doy cuenta que en el centro siempre ha estado la Sirena, alerta, esperando que alguien se distraiga para robarse un pescado. Y me pienso tanto cazadora como carnada; y hasta me arden las axilas por el roce de las muletas. Tic, tac, tic, tac queda resonando en el aire, y en mi mesa, y en mi cráneo vacío a medida que la Sirena se aleja cargada de bolsas. El vaivén de su nudo de piernas se hace pesado y tenso y se balancea como un péndulo de carne. A veces, incluso con las nubes detenidas, una voz de cotorra flaca e histérica —que yo creo es mi ego— me dice: tú eres la guardiana de las tensiones del mundo. Controlas tu mano, controlas el filo. Controlas la mente y controlas el cuchillo. Podrías dedicarte a sacar las grandes espinas traumáticas.

Otras veces, en las que todo está todavía más quieto, en que yo me encuentro en un no-tiempo aún más profundo, he sentido todos mis dientes afilados y tenido horribles visiones colectivas. Pesadillas horribles, pesadillas de todo Chile. Opresión militar. Un caballo derrumbado y famélico obligado a palos a levantarse. Erupciones de volcán; terremoto; tsunami. Una mujer severa, corpulenta y oscurecida operando una montaña rusa que me lleva por precipicios y curvas a toda velocidad. Hasta el inconsciente más fuerte es susceptible de recibir esquilas de las grandes tensiones terrestres. Por suerte solo capto los terrores nacionales; lo mejor sería siempre volcarse hacia lo chiquitito. En mi caso, mi cuchillo; pero también es importante aprender a valerse en todas las formas. De la grande a la pequeña. De la tierna a la más tiesa. De la seca a la viscosa. No hay grandes diferencias entre ser gaseosa o cuchillo; aunque a veces lo observan con tanta codicia que el pobrecito tiritita, asustado, detrás del cinto. Hay veces en que me siento como a cinco centímetros del suelo, y hasta mis modales han mejorado, y me he puesto más blanda, como poseída por un cisne. Disfruto cortar las cabezas, afilar los cuchillos y rajarle el cuero a los pescados más grandes. Apilar y apilar espinas hasta transformarlas en una sola maraña viscosa. Acomodar mi tablita de madera sobre la mesa y ponerme de espaldas a la ventana redonda. Desde todas las esquinas hay ojos expectantes detrás de mí. Preferiría que me imaginaran sin cabeza. Hay ojos que al parpadear me rozan la nuca como si tuviesen astillas en vez de pestañas. Hay algo seco y puntiagudo en todos los ojos que me siguen. No es fácil darse cuenta, y sé muy bien lo que digo: alguien que sabe de pescado es alguien que sabe de ojos. Yo prefiero los pescados que traen cierta ensoñación en la mirada. A un pescado con aridez en los ojos prefiero no filetearlo. A una persona con astillas por pestañas prefiero no darle confianza.

María José Bilbao Guajardo



# Rescatando nuestras voces: el endecasílabo de Chela Reyes

María Zulema Reyes Valledor (1904-1988), conocida como Chela Reyes, dejó una notable impronta en las letras chilenas. Nacida en Santiago, a los ocho años de edad ya escribía sus primeros versos. Cuentista, novelista y dramaturga, en poesía descolló bajo una fecunda pluma que vería salir de imprenta los poemarios *Inquietud* (1926), *Poesías* (1928), *Época del alma* (1937), *Ola nocturna* (1945) y *Elegías* (1962). “Chela Reyes agudiza su signo amoroso en la mujer que se ha dado. Casi fustiga la virginidad y encuentra puro lo madurecido en la mujer que conoce el don de la vida”, escribió sobre sus estrofas Pepita Turina. Los siguientes son algunos de sus cantos más bellos, que navegan en versos de base endecasílabo.

## Abismo

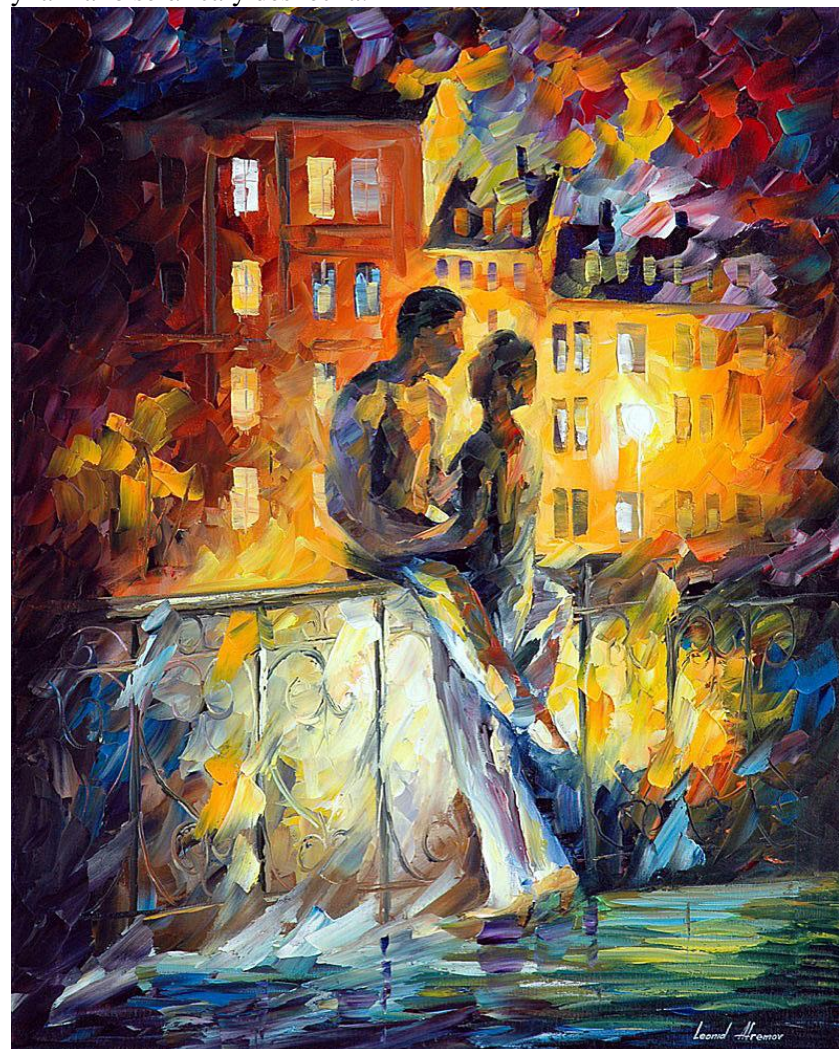
Me llaman tus ojeras tenebrosas  
y tus débiles brazos enredados,  
y el cielo me penetra en sus agujas  
y el aluminio en su fulgor prestado,  
mientras crece en la ruta de los vientos  
la lívida semilla de los astros.

Y en el légamo se abre, como un lirio  
en venenosas algas, injertado  
tu rostro, en un azul desvanecido  
y tus ojos dispersos y mojados.  
¡Y cómo rueda tu cabeza blanca  
sobre el cieno en que yaces derribado!

Y hay un bosque de pálidas adelfas  
y una medusa en su fulgor rosado  
custodiando la sed de tu sonrisa  
y la tiniebla de tus ojos vagos.  
¡mientras aúllan en la noche torva  
los silbos del olvido, desatados!

En la sentina de mi barco, crecen  
unas manos oscuras, unos tallos  
trepadoras de un verde macilento  
como tu cuerpo y tus impuros brazos,  
¡y hay una flor que nace de sus venas  
parecida a tu rostro deshojado!

Esta noche tal vez te necesite.  
Vendré sola a la paz de tus ojeras.  
Tú alzarás la cabeza coronada  
y la mano seráfica y deshecha.



¡Y apoyaré mi corazón desnudo  
para bajar a tu final tiniebla!

## Ola nocturna

Nace bajo mi piel tu ardiente noche  
en el calor y la frescura unidas,  
con la copa de luz amortiguada  
y la radiante plenitud, erguida.  
Una estrella nomás viene rodando  
hacia el seno del mar, desfallecida.

Crece bajo mi piel tu olor y sangre  
como en el mar la vena submarina,  
y como en él sus olas me levantan  
hacia la eterna y gemidora sima.  
Una nota nomás nace llorando  
De la risa del mar, enloquecida.

Muere bajo mi piel tu ardiente noche,  
la estrella se derrama, el canto emigra,  
mi corazón asciende hacia tu boca  
y tu corazón desciende hacia ese clima.  
Una ola nomás se dobla y tiende  
su cabeza en el mar, desvanecida.

## Éolo

Humedecido, en el ocaso, vienes  
jinete de pasión, a la ribera,  
y se abren las neblinas en el viento  
aferrado a tus lívidas melenas.

Veo brillar sus cascos y sus dientes  
y hendir el aire las pezuñas claras  
y una tremenda voluntad ardiente  
quemar bajo las cejas, tu mirada.

Un torbellino crece en tu cintura  
y un halo de vapor en tu garganta,  
¡y una bandada de delfines ciegos  
sigue tu voz en redondelas albas!

Luce tu casco como si naciera  
del disco de la luna, arrebujado,  
y un látigo de nieblas te circunda  
la azul cabeza de afilados rasgos.

Galopas y galopas en un círculo  
de rosa abierta en submarina mano,  
¡y hay una risa de estirados ecos  
que te saluda en tu nocturno vaso!

## Catedral

Nacida en verdes llamas, ascendiendo  
en húmedos cristales prisionera,  
del humus crece temblorosa y vaga  
en alta nave y campanada ciega.

Henchida de estertores, destilando  
en aras muertas la quemada cera  
y alumbrada en las bóvedas marinas  
por fanales de amor y sangre abierta.

Crecida en hondo sueño al aire nace  
besa el húmedo cielo que alimenta  
la llaga de la tierra y se levanta  
como una espada en la ensenada muerta.

Parida en el relámpago, brillando,  
vértice agudo de la verde esencia  
en ansia crece hacia el quebrado espacio  
como un llanto la cúpula dispersa.

En un coro del órgano llorando  
por los tubos salvajes del invierno  
sostenida en los húmedos cristales  
hacia el vértice cárdeno del cielo.

Dulce ocarina que en el aire tiendes  
la aguda nota en el vitral deshecho  
y por los labios que el cristal detiene  
alzas el vuelo de un coral enfermo

y por el hueco de la rosa huida

como el sueño de amor entre unos senos  
un vaso alimentado de esperanzas  
crece en el ara como un lirio nuevo.

Los ayes son y van y son campanas,  
los ayes son y van en turbio cielo,  
los ayes son y van hacia el olvido,  
los ayes son y van hacia el desvelo.

Ay, de la imagen que perdió la llama  
en corazones de apagado fuego.  
Ay, de unos dedos que en el viento crecen  
y tañen en la boca del invierno.

Ay, de la puerta por que atravesara  
su paso leve hacia la casa fresca.  
Ay, de la mano que entornara suave  
la azul ventana de la enredadera.

Ay, de la risa que le trastornara,  
nocturna boca y mano prisionera.  
Ay, de la llama que le transformara  
en un gemido de la primavera.

Los ayes son el hombre y son el canto  
derramado en la cúpula celeste,  
los ayes son y van encadenados,  
los ayes son y van hacia la muerte.

## Crímen

Alguien canta en la noche,  
alguien ama,  
alguien en una luz fosforescente  
desnudo el ademán,  
besa.

Alguien llora en la noche,  
alguien dice,  
alguien en una sombra de la muerte  
desnudo el ademán,  
hiere.

Alguien ríe en la noche,  
alguien pasa,  
alguien en una mueca, dulcemente  
desnudo el ademán,  
muere.

Chela Reyes

# Narrativa

## El sueño de Jacob

Mientras dormía a la sombra de un árbol Jacob soñó con una escalera que descendía de las alturas y llegaba hasta el suelo. Por esa escala subían y bajaban ángeles gordos, con una cola larga, de alas cortas que batían con gran esfuerzo porque el peso excesivo les impedía moverse con agilidad. Algunos caían al piso rodando como pelotas que se esparcían y evaporaban hasta desaparecer. Otros chillaban y pataleaban colgando de los peldaños. También, unos saltaban sobre su pecho y corrían en sus piernas. A ratos la escalera se balanceaba agitada por el viento y nubes de vapores nitrosos la rodeaban; luego se desvanecían. El árbol vibraba como si una extraña corriente lo envolviera. Cuando Jacob despertó y sorprendido miró a su alrededor, dejó escapar un alarido de espanto; ratones negros subían y bajaban por el tronco donde estaba apoyado. Intentó levantarse, las piernas no le respondieron. Millares de ratones lo cercaban y en sus ojos bordeados por un círculo rojo había un brillo extraño.

Jorge Muñoz Gallardo



A la izquierda: Leonid Afremov. Siluetas.